

Venco a la molinera

Por Félix J. Palma

Lo primero que hice al llegar a mi apartamento fue desplomarme heroicamente sobre el sofá, con ese dramatismo un tanto vanidoso de quienes necesitan creer que aun estando solos siempre hay alguien que mira, que vigila, que evita que nuestros pequeños infortunios pasen desapercibidos en el contexto del universo. El trayecto en taxi con la ventanilla bien abierta, a pesar de que el tráfico había resultado más fluido de lo habitual, no había logrado mitigar el mareo que me había producido el vuelo, aquella turbulencia a escasos minutos del aeropuerto que me había desordenado las tripas, conminándonos a la mayoría a guardar el alma dentro de la bolsita marrón de los asientos en una repugnante sinfonía de arcadas. El apartamento no olía a cerrado, y supe que Berta se había tomado también la molestia de airearlo al regar mis plantas. Dado lo poco que hoy en día cotizan en bolsa las relaciones vecinales, una vecina como Berta era todo un lujo, quizá un guiño de Dios para que no perdiese la fe en el género humano todavía. Me deshice con placer de los zapatos, arrojé a un lado el maletín empachado de congreso y desde mi horizontalidad pasé revista a lo poco de apartamento que registraban mis ojos. Atisé por entre la puerta entornada de la cocina un papelito adhesivo pegado al frigorífico y sonreí, conmovido por esos pequeños detalles que tan sigilosamente enuncian amistades enormes: debía tratarse de la receta que Berta había prometido pasarme para sorprender a Mónica en la cena íntima de la noche próxima, último capítulo de un meticuloso plan de copas y conversaciones que me permitiría adquirir ante sus ojos una dimensionalidad nueva al mostrarme como uno de esos hombres de hoy amigos de su propia cocina (había comprado expresamente un delantal lleno de motivos idiotas para lucirlo a la hora de servir la cena con la certeza de que ella lo encontraría más entrañable que ridículo; cuando cumplierse su objetivo ya lo quemaría). Cerré los ojos, convencido de que con aquel vértigo atroz poco partido más podía sacarle al día, que empezaba a declinar tras la ventana, y me dormí sin desvestirme, todavía con la corbata apretándome sin ganas el cuello como un estrangulador jubilado y la mortaja de la chaqueta, como si aún no hubiese llegado a casa, dispensado de la aburrida tarea de volver a ser yo por unas horas más.

Cuando volví a abrirlos, ya inmerso en un sábado luminoso, comprobé aliviado que no me quedaban secuelas del mareo. Durante la ducha fui recuperando mi existencia, reconociendo como mío todo lo que me rodeaba, tomando mis quince días de congreso en Boston como una excepción y no una realidad. Me puse unos vaqueros y una camisa limpia y enfrenté al fin la nota de Berta, el desafío culinario en el que consumiría la mayor parte de la tarde. *Venco a la molinera*, anunciaba en letra de palo Berta, antes de desgranar una retahíla de ingredientes, consejos, truquitos e incluso un par de chistes pésimos vagamente relacionados con algún paso de la operación. ¿Venco? ¿Qué diablos sería aquello? ¿Algún tipo de pescado? Recordaba haber convenido con ella en que era mejor un plato sencillo y efectivo que sorprender a mi invitada con una extravagancia que me inclinara peligrosamente hacia la pedantería. Y ahora me salía con aquello. ¿De qué había servido discutir sobre ello dos largas horas? No me esperaba aquella puñalada por la espalda. Creía que Berta y yo estábamos juntos en esto...

Despegué la nota de un manotazo y me encaminé hacia su apartamento. Sobre su puerta encontré otro de esos papelitos amarillos a los que era tan aficionada, en el que me informaba de que Eusebio, un diseñador por el que se desvivía, la había invitado a pasar unos días fuera. *Mucha suerte con el venco, Ernesto*, terminaba con sorna. Regresé a mi apartamento echando chispas, imaginándome colocando ante la atónita mirada de Mónica aquel plato remilgado, lleno de connotaciones que se nos escapaban, quizá un engendro complicado de tentáculos sin blanco aparente para el cuchillo. Repasé de nuevo la receta. ¿Valdría aquel preparado para el

vulgar pollo? Comprobé que de todas formas me faltaban algunos ingredientes, así que cogí dinero y bajé al supermercado de la esquina sintiéndome una vez más nadando a contracorriente.

Los sábados por la mañana, los enamorados dispuestos a asombrar a sus parejas con su destreza culinaria parecen surgir de debajo de las piedras. Tuve que abrirme paso entre sus dubitativos carritos como un jugador de rugby, recolectando mis ingredientes de las estanterías con precisión de carterista. Los champiñones, las trufas, el vino blanco, la manteca, fui haciéndome con todo hasta descubrir ante mí uno de esos congeladores enormes sobre el que colgaban como murciélagos carteles tachonados de cifras y ofertas arrojando cierta palabra que acababa de aprender esa misma mañana. Las llamativas flechas no dejaban lugar a dudas: aquel congelador estaba lleno de vencos. Y a muy buen precio. Me acerqué a él despacio, lleno de curiosidad. No esperaba ese refinamiento de un sitio como este. Y aquello justificaba en buena medida la temeraria propuesta de Berta: probablemente mi vecina debía estar al corriente de que el venco no era un producto inalcanzable para el supermercado de la esquina, tan moderno y emprendedor. Tomé una de las bandejitas de su interior y la examiné. No era muy diferente del pollo, después de todo, quizá más oblongo, los muñones de las patas más recios: un primo aristócrata de carne probablemente más sabrosa. Estuve un rato decidiendo si arriesgarme con aquello o ir de clásico con el pollo, sosteniendo el venco a la altura de la nariz, como Hamlet su calavera. Resolví finalmente que era preferible pecar de osado que de aburrido y eché valientemente la pieza a la cesta.

De vuelta al apartamento, desplegué todos los ingredientes sobre la mesa de la cocina, me até los ánimos idiotas y las gallinas azules del delantal y me puse manos a la obra bajo los auspicios de Berta. Siempre he creído que el secreto de la cocina consiste en no ponerse nervioso, en conducirse por cada paso del preparado con la frialdad y la calma de un cirujano curtido en mil urgencias, sin permitir que en ningún momento ocurra ese estropicio baladí (léase derrames involuntarios, salpicaduras irritantes, extravío momentáneo de cuchillos...) que acarrea inevitablemente consigo un largo rosario de infortunios, acabando por alterar el modesto nirvana que debe sumir al cocinero. Con ese credo atacué la guarnición: puse a calentar la manteca en una sartén, y cuando adquirió cierta consistencia de gárgara volcánica eché los champiñones y la cebolla trinchada. Lo sazoné a continuación con sal, pimienta y una elegante rúbrica de Jerez. Después de removerlo durante varios minutos empedré con el resultado la fuente sobre la que, si todo seguía igual de bien, debía alunizar el venco tras su inminente orbitaje de hornillos y transmutaciones. Mientras la primera parte de la operación se enfriaba, embadurné las trufas de mantequilla y, levantándole el pellejo de la pechuga, empecé a rellenarlo. Traté de dejar la piel un poco floja según recomendaba Berta, por temor a que reventase en la cocción. Después lo rehugué con la manteca y una vez dorado por igual lo puse a hervir con vino blanco. Luego cuarenta minutos de horno. Lo que más tarde extraje de allí no era para ilustrar las revistas gastronómicas. Traté de dignificarlo con lonchas de tocino, lechuga y puerros, otorgándole un cierto aire de vedette terminal que quizá convenciese bajo la íntima luz con que pensaba ambientar el salón.

Las dos horas que mi vecina había fijado para la operación mi pericia las había convertido en cuatro, de manera que apenas tuve tiempo de adecentar la mesa con la obligada pátina romántica antes de que el timbre de la puerta sonara como únicamente sonaba cuando lo pulsaban los dedos de Mónica, emitiendo un tarareo alegre que evocaba el estribillo de una de esas melodías que suelen anidar en la memoria colectiva y en la punta de la lengua. Acudí a abrir con el delantal de los pollos azules y bien perfumado de cebolla y mantequilla, como estaba previsto. Mónica abrió mucho los ojos y apenas atinó a componer una sonrisa con la que disimular la agradable sorpresa que le supuso mi atuendo. Conecté el piloto automático para el beso de rigor, la copa y la puesta al día de nuestras vidas, estudiándola, calculando el impacto que aquella inédita faceta mía estaría causando en su mente, los retoques o notas a pie de página que estaría sufriendo mi expediente. Brindamos por el futuro, ella probablemente por uno bien lejano que me tenía a mí como padre modelo de un par de hermosos niños sin traumas, yo por uno muchísimo más cercano estrechamente relacionado con la cama de mi dormitorio. Charloteamos animadamente un rato más; luego, cuando acabé de describirle cómo el vómito había transformado hasta extremos monstruosos a mi vecina de asiento allí en el

avión, una dulce abuelita de cuento en apariencia, me perdí hacia la cocina en busca de mi obra magna, del recurrente plato que me permitiría hacerme con su alma.

—Venco a la molinera— anuncié entre solemne y misterioso al colocarlo sobre la mesa.

—Qué original, Ernesto— comentó ella.

Dudé mientras desplegaba la servilleta sobre mis piernas. La respuesta había sido la esperada, pero al tono le sobraba el matiz de la ironía. Guardé silencio, observándola. Mónica me devolvió la mirada sin decir nada, entre intrigada y divertida por mi escrutinio. Parecíamos dos actores que se hubiesen quedado en blanco en el momento cumbre de la representación. Bajé mis ojos con lentitud, posándolos significativamente sobre el humeante venco. Ella echó también un vistazo a la pieza, luego volvió a mirarme, en los labios una sonrisa saltarina.

—Venco— repetí estúpidamente.

—Sí, venco— confirmó ella.

Ladeé la cabeza. ¿Es que no iba a dejarse impresionar...? Iba de dura, al parecer. De paladar viajero. O quizá me había equivocado. Tal vez el venco resultaba un plato inapropiado, tal vez Mónica esperaba algo más informal en la primera cena y aquella extravagancia había punzado un nervio de esa sensibilidad tan singular que gastan las mujeres. ¿Qué podía esperarse en el fondo de un tipo que se entretiene cocinando aves desconocidas, a lo peor en extinción, en estos tiempos de sicópatas y perturbados? ¿Te acostarías con un tipo así? Era el momento de cambiar de táctica, de reconocer mi error.

—Yo hubiese preferido pollo— me excusé, rey de la sencillez.

—¿Pollo? ¿Qué es eso, algún tipo de pescado?— preguntó.

Aquel comentario me cogió por sorpresa. Volví a mirarla sin decir nada, perplejo. Debía estar bromeando, culminando aquel juego que se traía entre manos y cuyo sentido a mí se me escapaba. Pero su expresión, la barbilla alzada, la mueca escolar de sus labios, como esperando una respuesta, resultaba tan sincera que no parecía fingida. Mónica, actriz del método.

—¿No sabes lo que es el pollo?— pregunté, entregándome de blanco para su risa de maraca.

—No— aseguró, encogiéndose de hombros.

Le dediqué una mirada de impaciencia. No podía creer que no pusiese fin a aquello de una vez, que continuase estropeando *nuestra noche* con su broma idiota.

—¿No sabes lo que es el pollo?— repetí con la mayor frialdad posible, tratando que sonase como la última advertencia para su rendición.

—He dicho que no— contestó malhumorada.

¿Qué mierda...? Nos quedamos los dos callados, sin molestarnos en ocultar nuestra irritación ante los ridículos derroteros que había tomado la conversación. Mónica optó al fin por atacar el venco sin mirarme, enfurruñada. La imité con fastidio. No sabía especialmente raro ni sabroso. Comimos en un desagradable silencio donde sobraban las velas y las flores, lanzándonos por encima del venco miradas de ajedrecistas. Entre bocado y bocado, yo me afanaba en vano por comprender el origen de aquella discusión o lo que fuese, por situar bajo el microscopio el momento exacto donde la noche había empezado a torcerse, esperando todavía una carcajada salvavidas desde el otro lado de la mesa, aquella tundra de ofuscación.

Recogí los platos hundido en la más pura desazón, pero regresé de la cocina dispuesto a pelear armado con una botella de champán y dos copas largas. Ella fumaba en el sofá. Me senté a su lado y apenas llené las copas, sentí en mi rodilla la bandera blanca de una caricia. Mónica, Mónica. Puse a Lester Young bajito y volví al sofá un segundo antes de que ella estrechase su cuerpo cálido contra el mío. Aquella iba a ser nuestra noche, después de todo. Y sin embargo, a pesar de que la luz era la adecuada, a pesar de que era el saxo del viejo Lester el que culebreaba por la habitación, a pesar de que durante mi estancia en América, sobrecogido por el perfil neumático de las putas del hotel, había practicado el más estricto celibato, a pesar de que Mónica, como pronto descubrí, había escogido para la ocasión la lencería más salvaje que le permitía su osadía, cuando mis dedos se deslizaron por su espalda necesité de toda mi fuerza de voluntad para que la caricia no se dispersara o estancara. Mi mente seguía reflexionando, buscándole un sentido al diálogo que habíamos

mantenido en la mesa. Si no se trataba de una broma, era cierto que ella nunca había oído hablar del maldito pollo, y cómo podía uno aceptar eso sin demostrar su asombro, restarle importancia con un gesto de la mano y a continuación ponerse a hacer el amor como si tal cosa con la responsable de tan inadmisibles afirmaciones. A Mónica no le pasó por alto el desabrido movimiento de parabrisas de mi mano en su espalda, la fatiga minera con que mis dedos ahondaban en su escote, y enseguida me encontré enfrentando sus ojos inquisidores.

—¿Qué te ocurre, Ernesto? ¿No te apetece?— preguntó con ese tono de voz arzobispal que todos manifestamos en estos casos, ese que se esfuerza en insinuar lo importante que es no darle importancia al sexo a pesar de su importancia.

—Dime la verdad, Mónica: ¿no sabes lo que es el pollo?

Para qué dije nada. Mónica se apartó de mí como si acabase de proponerle la más rocambolesca de las perversiones. Enfrentó la ventana, encendió un cigarrillo, lo fumó entre blasfemias nunca antes oídas. Estaba claro que por las buenas no iba a conseguir nada. Qué más le daría reconocer que no servía para las bromas, que no todo el mundo ha sido agraciado con eso que llaman vis cómica. En fin, el orgullo, y de eso Mónica tenía para dar y regalar. Lancé un suspiro de resignación. Pero yo era un hombre de recursos. Decidí seguirle el juego. Lester, que debía ser un amante incondicional del pollo, se solidarizó conmigo y me regaló unos compases enérgicos para que yo pudiese esgrimir varios pasos de baile por la moqueta sin sentirme excesivamente idiota. De todas formas, si yo contaba en el edificio de enfrente con uno de esos vecinos adictos al catalejo, ésta iba a ser sin duda su noche: di un golpecito en el hombro de Mónica, moví el esqueleto, sacudí unas maracas invisibles, realicé un par de vueltas, alcancé la librería y sin dejar de bailar, extraje el tomo ORNI—PROS de mi magnífica enciclopedia ilustrada para apurar la broma hasta el final, la tomé luego del brazo, la senté junto a mí en el sofá, pasé páginas y coloqué ante sus ojos el abismo, el terrible vacío, la imposible ausencia entre Pollino y Pollock, Jackson, el creador del expresionismo abstracto. Mónica sonreía, esperaba, miraba mi índice petrificado, trataba de entender el final de mi número, de encontrarle de una vez el sentido a aquella noche loca en la que tanto costaba follar. Cerré el libro, lo dejé sobre mis rodillas, estuve un rato contemplando, como si lo viese por primera vez, el pescador chino de madera que había sobre el televisor, tratando de recordar como si la vida me fuera en ello por qué cauce había llegado hasta mí, si me lo habían regalado o lo había comprado por mi cuenta, y en cualquier caso qué caprichoso motivo escondía tal acto, si tan necesario era para mi supervivencia que yo tuviese aquella cosa sobre el televisor, sintiendo en la mejilla derecha y parte del cuello, con la indiferencia de un suicida que al introducirse en la boca el cañón del arma percibiese de pronto unas misteriosas punzadas en el costado, los voluntariosos picotazos, el cada vez menos entusiasta goteo de besos con los que Mónica insistía en salvar la noche, hasta que, tras un portazo, ya no hubo labios a los que preocupasen mi destino. Me levanté al poco rato, usando toda la pericia de mis piernas para afianzarme al suelo, como esos gimnastas que salen disparados de las anillas. Volví a colocar el libro en su estante y fue entonces cuando miré el último tomo, el del lomo marcado con TAO-Z, y llevado por una intuición, por un sexto sentido que tomaba las riendas ahora que los cinco de siempre me volvían la espalda, lo extraje con reverencia, lo abrí preso de temblores, pasé sus páginas y lo vi, allí, como si me esperase, ilustrado a todo color, entre Vencido y Venda. La definición lo tildaba de cría de ave y en particular, de la gallina, plato de mesa habitual, fuese frito o asado, y el dibujo me lo mostraba en un corral atiborrándose de pienso, el plumaje de un inesperado azul suave, las patas gruesas y cortas y la cola rematada por una llamativa pluma naranja. Aquel era el aspecto natural de lo que, un poco más abajo, mi estómago se afanaba en digerir. Atravesando una realidad cóncava, como vista a través de una mirilla, entré en la cocina y examiné el delantal que colgaba tras la puerta, las gallinas azules, rematadas por plumas naranjas, de su estampado. Regresé al sofá con la intención de reflexionar, si antes no me desmayaba.

De repente, por muy imposible que resultase, nadie parecía tener noticias del pollo por los alrededores. Podía engañarme pensando que Mónica bromeaba, pero suponer que mi enciclopedia de doce tomos formaba también parte del complot era ir demasiado lejos. El pollo no existía ahora, al parecer nunca había existido; en su lugar, aunque menos discreto, había algo llamado venco, aquello que Berta, respetando mis ruegos de simplicidad, me había recomendado cocinar. Aceptar eso suponía, sin embargo, admitir que aquella realidad

no era la mía, que me encontraba en otro mundo, quizá en una de esas dimensiones paralelas tan de moda en la televisión, una réplica exacta en todos sus detalles, salvo en el ya mencionado. Pero, ¿desde cuándo habitaba en un mundo que no era el mío? ¿Cuándo había tenido lugar el trasvase? El pollo era mi único referente con la realidad perdida. Hice memoria: ¿cuál había sido la última vez que lo había comido? En el aeropuerto americano, recordé, en espera de la salida del vuelo, pollo en salsa de arándanos o como diablos se llamara aquella cosa viscosa que lo cubría. ¿Y a partir de ahí...? Recordé entonces la turbulencia del avión, la cara de desconcierto de las azafatas, la cortísima vibración de *turmix* que experimentamos antes de aquella especie de salto mortal sobre nosotros mismos, aquel desagradable desprendimiento del alma, que durante escasísimos segundos voló sola, para volver a nosotros de inmediato con fidelidad de *boomerang*. Recordé cómo la había sentido agitarse en mi pecho durante un instante de vértigo, como buscando la postura, antes de que empezaran las arcadas. Aquél debió de ser el momento de nuestro trapicheo dimensional. El resto del viaje transcurrió ya en la dimensión contigua, sin duda; la nuestra debía de haberse desfondado justo por aquel sitio, arrojándonos sin remisión a la realidad vecina, aquella realidad sin pollos en la que ahora me encontraba atrapado.

Me acerqué a la ventana y escruté la ciudad, todo luces intensas, bocinazos y ajeteo, un disfraz de normalidad que sabía a conspiración a gran escala, ¿pero a qué escala, Dios? No podía quedarme allí, tenía que bajar a mezclarme con ellos, a confirmar mis sospechas, a buscar detalles que le dieran la razón a mi enciclopedia ilustrada. Cogí la chaqueta y abordé el pasillo con urgencia, ávido de conocimiento. Estuve a punto de caer de bruces al tropezar con una de las muchas maletas que obstruían el corredor. Berta me sonrió desde la puerta a medio abrir de su apartamento.

—Hola, Ernesto— saludó con su entusiasmo habitual.

—Berta— respondí, cauteloso, colocándome bien la chaqueta y la expresión.

—¿Que tal el venco?

No contesté. Me limité a mirarla, sintiendo cómo una sonrisa de extrema ternura me florecía a traición en los labios. Berta, repetí, mientras cruzaban por mi mente los mejores momentos de nuestra relación con el trote alegre de los potrillos, aquellas charlas sinceras hasta bien entrada la madrugada, con una copa en una mano y el alma en la otra, aquellos consejos, aquellas lágrimas de desamor con que nos regábamos los hombros cada cierto tiempo, todas aquellas veces en que mi mano había querido expandir sus caricias por zonas que el compañerismo no contemplaba, todos aquellos besos sacrificados en favor de una amistad como las que ya no quedan. Berta, mi querida vecina, y sin embargo, aquélla no era Berta, no la Berta que yo conocía y quería, con la que tantos secretos había compartido repantingados ambos en la alfombra, dando buena cuenta de un pollo asado y unas cervezas. Me descubrí sorteando desmañadamente las últimas maletas, abalanzándome sobre ella y estrechándola en un avaricioso abrazo, los ojos llenos de lágrimas, el corazón deshecho. Berta, hubiese querido decirle, si las cosas no se hubiesen torcido tanto, tú estarías ahora preguntándome por el pollo, porque existe un mundo, querida amiga, un mundo distinto a éste, muy muy lejos, dónde tú y yo somos todavía más vecinos y la gente es feliz y come pollo con la mayor naturalidad, a todas horas, en cualquiera de sus variedades.

También a aquella Berta la alarmó mi exhibición afectiva, y una vez deshicimos el abrazo me interrogó con la mirada, pero yo ya me fugaba escaleras abajo. Fuera, la dura realidad, la ciudad toda confabulada contra mí. Lo primero que hice fue correr hacia el Palacio del Pollo que se encontraba a dos calles de allí, al que solía recurrir las noches en que prepararme la cena se me antojaba una empresa demasiado cuesta arriba. Estuve un rato absorto ante su fachada, llorando en silencio, leyendo y releendo las verdosas letras de siempre a través de las lágrimas, que esta noche decían Palacio del Venco, y contemplando el simpático dibujito azul de la puerta, de las paredes, de las tartanas, de las bamboleantes bolsas que salían de su interior, aquel venco sonriente, que me saludaba con el ala levantada. Inicié entonces un descorazonador periplo que fue a dar con mis huesos al banco de una plaza, tomada por escandalosos rebaños de adolescentes consumidores de cerveza, de esos que existen en todas las dimensiones. Cada paso hasta concluir allí me había resultado una puñalada entre las costillas, una espina más que buscaba su hueco en el alfiletero que ya

semejaba mi corazón. Había examinado con avidez de mendigo el menú de todos los restaurantes y bares con los que me había cruzado, siempre con la vana esperanza de encontrar la palabra pollo impresa en alguna parte, y certificando una y otra vez para mi mayor abatimiento que el venco podía comerse con patatas fritas, asado, empanado, con tomate, con arroz, con verduras, con salsa rosa, en pincho, en cazuela o incluso en ridículas cajitas de papel con regalos de la película de moda.

Aunque, a excepción del venco, la realidad en que había naufragado parecía tan idéntica y habitable como la realidad a la que había pertenecido hasta tomar aquel maldito avión, yo sentía el alma untada de un emplaste agrio donde se mezclaban la épica melancolía de los extranjeros y exiliados, la profunda convicción de no estar viviendo mi vida y una suerte de rabia sin destinatario concreto. Podía encogerme de hombros y claudicar, renegar del pollo y aceptar a su azulado sustituto con una sonrisa divertida, acaso con una práctica resignación, pero nunca lograría desprenderme de la desazón de saberme en un lugar equivocado y ajeno, extraño a pesar de las apariencias. Me inundó entonces un miedo desmesurado al considerar la posibilidad de que tal vez el venco no fuese la única anomalía de aquel mundo, de que quizá sólo fuese la punta de un iceberg aterrador que me sería revelado sin prisas, al abrir una puerta, al descolgar un teléfono, al bajar la cremallera de una falda, al detener la mirada en cualquier insignificancia. Nunca podría estar seguro de que aquello fuese todo y viviría en una incertidumbre constante, esquizofrénica, acechado las veinticuatro horas del día por algo larvado en la rutina, siempre dispuesto a eclosionar y mostrarme el fondo del abismo. Viviría aterrado, receloso, incomprendido y solo, irremediablemente solo.

Vapuleado por tales pensamientos, saqué el coche del parking y estuve un rato conduciendo sin rumbo por la ciudad, tratando de no fijarme más que en los colores cambiantes de los semáforos, con las manos como enjabonadas sobre el volante y un gusto a cicuta caliente en la boca. Me detuve, súbitamente inspirado, ante la redacción de un periódico. Entré. Salí. Reanudé la marcha más enfurecido si cabe. A pesar de que tan sólo faltaban un par de horas para que amaneciera, no quería regresar a mi apartamento: la zozobra y el sueño mejor no juntarlos. Pronto me descubrí circulando sigilosamente por el extrarradio, como un camello en busca de clientes, hasta que salí definitivamente de la ciudad con un volantazo brusco y malhumorado: tampoco aquellas calles desoladas me parecían un escenario adecuado para mi drama. Por un tiempo no hubo más que pinos en formación, gasolineras sonámbulas, campos engominados y casuchas dispuestas de cualquier manera sobre las lomas, hasta que las luces del coche justificaron tan loca huida iluminando por fin aquello que yo había estado buscando sin saberlo, una modesta y silenciosa granja, con su establo para las bestias y su corral para las aves.

Frené en seco, bajé del coche y me aproximé sin hacer ruido al destartado gallinero. Necesitaba verlos. Necesitaba verlos con mis propios ojos. Tocarlos, qué sé yo. Me miraron con indiferencia a través de los alambres. El ridículo plumaje azul lucía bajo el fulgor de la luna con una dignidad casi mitológica, como de animal atisbado por entre la niebla de alguna droga visionaria. Me llené de pienso el cuenco de la mano, abrí la desvencijada puertecita del corral y me arrodillé ante ellos ofreciéndoles el inesperado refrigerio. Tardaron un poco en vencer su recelo ante los extraños. Primero se aproximó una pequeña comitiva de audaces, que empezó a picotear vigorosamente mi mano intempestiva, hasta que pronto me encontré cálidamente cercado por el grueso del corral. Extendí la mano libre hacia el más cercano, conmovido, pensando que así debió sentirse Adán ante las primeras bestias, y repasé el plumaje celeste del ave que hacía que mi presencia allí fuera una errata, acaricié la cresta del animal que con toda seguridad a partir de mañana poblaría mis pesadillas, seguí con dedos cada vez más crispados la larga pluma naranja que remataba aquella alucinación que en lo más profundo de mí mismo me negaba a aceptar como real. Fue sumamente fácil romperle el cuello. Mucho más difícil me resultó atrapar un nuevo ejemplar tras la consiguiente desbandada. Cacé otro al tercer o cuarto intento, tras mucho resbalar sobre el húmedo albero, y lo estrellé a modo de maza contra la rejilla, acompañando el gesto con un salvaje rugido. El venco se deshizo con un crujido seco, soltando un lírico remolino de plumas azules que envolvió momentáneamente la matanza. Desde el establo vecino me llegaron mugidos solidarios, que surcaron la noche como salvas. Atrapé otro venco por las patas, y pugnaba por doblegarlo como quien forcejea con un paraguas vuelto del revés por el viento, cuando oí el disparo y

contemplé astillarse la madera de la puerta, un par de palmos a la derecha de mi resoplante nariz. Al mirar por encima del hombro, pude distinguir a la entrada de la casa una corpulenta silueta que hacía puntería con una escopeta. Salí del corral en un tumulto de vencos enloquecidos y corrí hacia el coche dando bandazos, oyendo sus perdigonadas silbar cerca de mis orejas. Una vez en su interior, giré la llave del contacto y aplasté con fiereza el acelerador. El vehículo irrumpió bruscamente en la carretera, encabritado, y mientras me hacía con el volante, pude ver aliviado cómo el dueño de la granja, que sacudía su arma como un indio iracundo, menguaba en el espejo retrovisor.

Enfilando resueltamente hacia la ciudad, con el amanecer extendiéndose por el cielo como confitura, ya más calmado, traté de disculpar mi arrebató, aquel abandono casi lujurioso a la rabia con que el día me había ido sedimentando el corazón, considerándolo como un desahogo necesario y terapéutico, un breve acto de rebeldía para la posteridad, antes de aceptar dócilmente las nuevas condiciones de mi existencia.

A aquellas horas tan tempranas, no me resultó difícil aparcar en mi propia calle. Bajé del coche sacudiéndome las plumas azules que me cubrían los hombros, y me dirigí con una sonrisa llena de optimismo hacia el quiosco de prensa. El periódico conservaba todavía esa calidez de pan recién hecho. Busqué directamente las páginas de contactos y allí encontré el anuncio que había puesto apenas unas horas antes, al filo del cierre de la edición. Había tenido que discutir acaloradamente con el encargado de la sección por palabras, pero finalmente allí estaba mi llamada, mi grito de socorro, mi deseo de mantener correspondencia con amantes del pollo para intercambiar recetas, que si bien haría encogerse de hombros a todos los consumidores de venco, encogería el corazón de los pasajeros y el equipo de aquel avión traidor, a los que suponía tan perdidos y temerosos como yo. La invitación al consuelo mutuo ya estaba hecha y ahora sólo restaba esperar. Al subir a mi apartamento pasé junto a la puerta de Berta, tras la que reverberaban los habituales sonidos del desayuno, que esta vez se me antojaron terriblemente misteriosos, pertenecientes a acciones inquietantes cuyo fin se me escapaba. Me senté junto al teléfono, recordando a la anciana que me había acompañado durante el vuelo, a la que no me costaba imaginar ahora abocada a la senectud por la crueldad de un mundo sin pollos, a las curvilíneas azafatas a las que pronto me atarían lazos indestructibles. Nos imaginé reencontrándonos en mi casa con lágrimas en los ojos, forjando de inmediato una complicidad de antiguos compañeros de clase, una hermandad de naufragos, una solidaridad de exalcohólicos. Nos imaginé ayudándonos a sobrevivir, aceptando las circunstancias o formando un comando itinerante que pretendiera cambiarlas, no importaba qué mientras permaneciéramos juntos, unidos siempre, manteniendo vivo el recuerdo del pollo. Todo eso y más imaginé sentado junto al teléfono, esperando la primera llamada, mirando fijamente al pescador chino de madera colocado sobre el televisor y rogando porque aquella figura, que no recordaba haber comprado, no anunciase el principio del fin.